
INCOGNITAS DEL MUNDO EN TRANSICION El globalismo

*Héctor Rubén Tomasini**

Cuando una descripción prende en una sociedad todos convienen, de alguna manera, en hacerla realidad: los que la aprueban sin discusión, los que la relativizan e, inclusive, los que la combaten pero la aceptan como fatalismo. Todos, en fin, la asimilan aunque piensen que en algo se les ha mentado, que hay algo encubierto. Sin embargo, nada es para siempre...

Al hombre primitivo no le preocupaba la búsqueda del sentido de la vida. Simplemente, le importaba sobrevivir. Y a ese objetivo dedicaba sus esfuerzos, sus habilidades, los medios rudimentarios de que disponía, sus luchas por el poder dentro de su reducido hábitat.

Esto fue así hasta que surgieron las primeras civilizaciones y el pensamiento trazó un cerco en torno de los instintos. Aparecieron los filósofos que, profundizando sobre las causas y efectos de las leyes de la naturaleza, excitaron la indagación acerca del camino correcto para orientar la exis-

* Universidad Nacional de La Matanza.

tencia humana.

A partir de las distintas corrientes filosóficas, los ideólogos practicaron sus procesos de síntesis y construyeron -en cada caso- sus teorías sobre la base de **una descripción** que viniendo del pasado atravesaba el presente y se proyectaba hacia un futuro que juzgaron irrevocable.

La descripción se convirtió en cultura para los pueblos involucrados y hacerla realidad les fue encomendado como imposición de la historia.

Tal fue el inicio de las grandes conmociones y transformaciones que registra la gesta de la humanidad. Ocurrió así con el Imperio Romano, el sistema medieval, la irrupción de las urbes comerciales, el Renacimiento, el liberalismo de Adam Smith y David Ricardo, el surgimiento de los imperialismos modernos y, en este siglo que culmina, los pronunciamientos historicistas como el marxismo-leninismo y el brote hitleriano.

La descripción se apoya en un determinado caldo de cultivo y en función de su interpretación de la realidad promete un futuro distinto y **para siempre**.

La historia itinerante, sabia, se encargó de demostrar -cada vez- que “nada es para siempre”; para la mayoría de las religiones, ni siquiera la muerte.

Pero lo cierto es que cuando se logra integrar a una sociedad en **una descripción**, ésta obra sobre las voluntades a manera de pacto no escrito y las moviliza en procura del objetivo señalado, aun en aquellas que dudan acerca de la nobleza del destino prometido.

Los sueños imperiales

En el siglo que culmina, **la descripción** operó en dos hechos trascendentes: la revolución marxista-leninista y el ascenso de Hitler al poder de Alemania. Ambos, madurados durante la Primera Guerra Mundial.

Desde ángulos distintos, la herencia de filósofos historicistas preponderó en la descripción de los ideólogos. El punto de partida fue la crítica a los clásicos del liberalismo. El rechazo de la “verdad absoluta”, del “*laissez faire*” y la “mano invisible” que soluciona todos los problemas por el solo imperio de la libertad.

La crítica es experimental. No acepta verdades que no puedan demostrarse por la experiencia histórica. Hay que actuar sobre el espíritu del hombre y, por consiguiente, sobre las instituciones que integra.

Friedrich List (1789-1846) es el precursor del nacionalismo alemán. Considera que la situación del hombre depende del rigor del poderío nacional. Como éste no surge espontáneamente, el Estado tiene que intervenir para conseguirlo.

Sus seguidores alimentaron el reto de una gran Alemania. Y el desaliento, la corrupción y el caos que sobrevienen a la derrota en la guerra arman

la descripción de Hitler, que promete un Reich cuya hegemonía mundial duraría mil años. El poderoso atractivo reivindicatorio de las nuevas ideas cautivan al pueblo y lo encolumnan tras **la descripción**.¹

Con Carlos Marx (1808-1883) se proyecta a la economía el materialismo histórico. En realidad, un embrión de éste es la interpretación de la conducta humana que hace antes el padre del capitalismo liberal, Adam Smith (1723-1790), quien introduce el factor económico como fundamental en las relaciones entre los hombres. Marx se apoya en la crítica al capitalismo liberal y a partir de la teoría del valor expuesta por David Ricardo (1772-1823), formula su teoría de la explotación. La fuerza del trabajo es una mercancía; por lo tanto tiene también un valor de cambio, que está dado por el tiempo de trabajo necesario para producir los elementos para la subsistencia del trabajador y su familia.

Pero la fuerza del trabajo es capaz de crear por encima de su propio valor de cambio. Se genera así un excedente, que él llama plusvalía, del que se aprovecha el propietario de los medios de producción.

Nada que no haya explicado antes el capitalismo liberal. Sólo que para Marx y sus seguidores, ello constituye la raíz de la explotación del hombre por el capital.

Sin ser rigurosamente una teoría económica, en tanto Marx no era economista, su prédica influye notablemente en las generaciones posteriores. Uno de sus seguidores, Vladimir Ilitch Ulianov -Lenin (1870-1924)- la recoge en revisión y con ella traza **la descripción** para la Rusia que también había firmado la paz en derrota y sufre el desánimo y la miseria.

Debía ser **para siempre** y así fue **descripta** por los continuadores de Lenin. “El proletariado al poder” es la consigna, con el Estado -en la primera etapa de acceso al comunismo- dueño de los medios de producción. La Unión Soviética proyecta su **descripción** frente al mundo capitalista liberal en sus diferentes expresiones y la reafirma ante sus aliados eventuales de Occidente luego de la Segunda Guerra Mundial, en la que se liquida la utopía nacionalista hitleriana.

La “guerra fría” posterior se desarrolla en todas las campos incruentos. La aplicación del átomo a las armas más sofisticadas, la conquista del espacio, la exportación ideológica. **La descripción** toma visos de realidad virtual y pasa a configurar una cultura que se profundiza en las nuevas generaciones.

Pero, nuevamente, nada es “para siempre”.

¹ Similar referencia formula el filósofo y escritor norteamericano Daniel Quinn en su obra *Ismael*, donde emplea la figura del “relato” con respecto al pronunciamiento de Hitler como un episodio luctuoso de la historia. En realidad, para Quinn, “relato” es la herencia recibida por la humanidad desde la primera conquista tecnológica, que ubica en la agricultura. Todo ello en un contexto referido a la destrucción de la naturaleza por la “cultura” heredada. Es recomendable su lectura. (Emecé).

El derrumbe

Pasada la mitad del siglo, **la descripción** socialista-marxista comienza a ceder en sus cimientos.

Una economía cerrada, sin incentivos, conducida por el Estado en función de la competencia espacial y armamentista, fuerte insumidora de capital y de escaso rédito económico, el asistencialismo con cargo al fisco - *standard* pero que abarca a una demografía fabulosa en dimensiones- llevan fatalmente al colapso.

El cercenamiento de las libertades, incluyendo la de la práctica religiosa, son factores coadyuvantes pero no determinantes. El derrumbe se produce por la economía.

La descripción original se interrumpe en medio del desconcierto de las poblaciones implicadas, disimulado en el principio por el deslumbre del libre tránsito de cuerpos y expresiones contenidas.

Todos los países de la órbita y los que se desmembran del conglomerado de la Unión Soviética, miran hacia Occidente y asumen el capitalismo con funcionamiento libre del mercado.

Los capitalistas del flamante régimen son los ex jefes del antiguo.

Ellos son los que transan con los grandes capitales occidentales.

En vano Mikhail Gorbachov trataba de hacer entender que su *perestroika* (reestructuración) y su *glasnost* (transparencia) no significaban ni la fuga del socialismo ni el desgarramiento de la Unión Soviética.

La libertad había abierto boquetes ya no sólo en el Muro de Berlín sino en la antigua disciplina de la gente, con todas sus virtudes pero también con los defectos del exceso.

El mercado se abría paso y a él acudían quienes espabilaban pingües negocios y quienes despertaban al delirio consumista, alentado por el efecto de demostración del cual había sido espejo propicio el sector oeste de la Alemania dividida.

Vale incluir aquí algunos conceptos vertidos en una carta del 28 de noviembre de 1991 por un empresario pionero argentino instalado en Varsovia después de la caída del Muro de Berlín: “[...] En Polonia no existe aún el marco legal apropiado para las inversiones de riesgo. Todos los días están por cambiar o crear leyes vitales como la de impuestos, empleos, presentación de estados contables, remesas de utilidades al exterior, etc. [...] Pasan los meses y no logran ponerse de acuerdo. No saben cómo utilizar los créditos que les han dado, por ejemplo para desarrollar, computarizar, modernizar y privatizar los bancos. Es decir, eso que ellos llaman bancos. Polonia carece de sistema financiero, tal como se lo conoce en cualquier país normal. Carece de buenas comunicaciones. Tienen satélite sólo con Europa y los teléfonos y télex casi siempre andan mal. Peor que en los peores años de la Argentina. No hay viviendas para albergar a los extranje-

ros que vienen a instalar negocios, ni locales comerciales o industriales. Sin embargo, Polonia se nutre de todos los extranjeros que vienen porque necesita urgentemente *management* y no les importa que en esta etapa esos extranjeros ganen su dinero relativamente fácil; es el precio que paga por crear los sistemas y el gerenciamiento que necesita [...]”.

Con todo, las nuevas formas de intercambio y oportunidades de consumo encandilan a los pueblos, sometidos otrora a la rigurosidad del *standard*.

Pero ese capitalismo -“temprano”, en cuanto a la categorización técnica por las condiciones en que se desarrolla, y “tardío”, en la comparación con los tiempos transcurridos- produce la quiebra social.

Escribe Jacek Kuron el 14 de febrero de 1993, por entonces ministro de Trabajo y Asuntos Sociales de Polonia: “[...] En 1990 se habían llenado las tiendas: obreros calificados, maestros, empleados, médicos, agricultores semiacaudalados habían podido comprar todo [...]”. Pero “[...] al mismo tiempo esta misma gente empezó a pagar los precios de mercado por los bienes hasta ahora distribuidos casi gratuitamente: las viviendas, la energía, los círculos infantiles, las vacaciones para los trabajadores. Así que por una parte tenemos la presión al gobierno para que -acorde con los principios de la justicia social- le ayude a vivir a la gente, y por otra parte cada vez hay menos dinero para la educación, el servicio de salud, las jubilaciones, las pensiones y la asistencia social. El presupuesto se está debilitando, ya que el contribuyente principal, que son las empresas estatales, también está perdiendo sus fuerzas. Sin embargo, las nuevas empresas privadas, recién surgidas, siguen pagando muy poco, ya que el sistema de las subvenciones no está adaptado al control de un número tan grande de pequeñas y medianas firmas [...] La gente siente miedo y la inseguridad de mañana. Junto con la economía de mercado ha aparecido el desempleo; son dos fenómenos que siempre surgen juntos”.

Cabe considerar que Polonia y la flamante República Checa son los países que más temprana y racionalmente avanzaron en el camino del cambio. En los otros, especialmente en Rusia y las naciones desmembradas de la Unión Soviética, la situación es mucho más grave. Crecen la miseria, la agitación, los enfrentamientos, la anarquía, junto con la corrupción y la urgencia por tomar posiciones de quienes hicieron acumulación de dinero durante los años del régimen.

Ocurre que el brutal corte operado en **la descripción** ha liquidado un sistema y su estructura, pero no una cultura.

La cultura no cae estrepitosamente ni en una fecha que pueda registrarse, como el sistema.

La caída de una cultura no se expresa por estridencias. Empieza a caer. Y durante su proceso de decadencia surgen elementos de anticultura de naturaleza caótica que se manifiestan en el rechazo de costumbres y usos, en las artes, en la música, en conceptos de una moralidad equívoca y en la

búsqueda de sustitutos para la fe y la esperanza perdidas.

La nueva cultura va ganando gradualmente espacio al caos, despertando de un largo letargo de maduración. Sus elementos y conceptos se van transmitiendo de una generación a otra. Y su tránsito puede generar la caída de otros sistemas.

El globalismo

Entretanto, un Occidente exultante exhibe en triunfalismo su sistema y su cultura. La economía había podido más que la amenaza latente del arsenal de las bombas y los misiles más sofisticados acumulados durante la guerra fría.

La descripción soviética se rendía -en medio del colapso- a la panacea del capitalismo liberal.

El mundo capitalista, liberado de la competencia ideológica, podía pensar el presente y el futuro desde otra dimensión. Esta no era, desde un punto de vista estricto, la que surgía de las enseñanzas de Adam Smith. Ni siquiera aquella en la que se desenvolvían los Estados potencia que lideraban la economía mundial desde la posguerra.

También el capitalismo de alguna manera había estallado y presentaba al mundo una nueva **descripción**: la globalización, o más ajustadamente, por su propensión al poder, el **globalismo**.

Una concepción global de las relaciones económico-sociales, cuyos ideólogos no se acomodan en las poltronas oficiales de los Estados sino que se mueven vertiginosamente -a través de las estructuras tecnológicas supermodernas- en el complejo entramado de los servicios financieros y de la información.

¿Qué promete la flamante **descripción**? El progreso infinito, la aplicación de los capitales al desarrollo de la humanidad mediante su libre tránsito, el acceso a un confort jamás imaginado más allá de todas las fronteras, las oportunidades del consumo más sofisticado y diversificado, la ciencia y la técnica al servicio de todos.

¿Cuáles son las condiciones? Libertad y democracia, entendidas como oposición a cualquier forma de dictadura política, privatización de todos los medios de producción y sujeción a las reglas económicas que dicta el mercado cuyo libre ejercicio los Estados deben garantizar mediante la eliminación de los obstáculos que pudieran trabarlo.

De tal forma, todas las economías quedan interconectadas en un programa común mundializado, cuya dirección se ubica en el gran ámbito difuso del capital migrante que se expande por los canales del conocimiento y de la electrónica. A él van accediendo las economías intermedias y aun las más atrasadas en la medida en que cumplen con los requisitos básicos establecidos.

No es exigible la estricta identidad de los modelos económicos. Por ejemplo, no son correspondientes los patrones de acumulación de capital de Estados Unidos y de la Europa comunitaria o los asiáticos o algunas políticas de los procesos de los países del sudcontinente americano entre sí. Las variables de implementación pueden ser diferentes, siempre y cuando los modelos no contradigan la esencia del sistema global.

Tal es la suerte de ese sistema, que las economías que queden fuera de **la descripción** vendrán quedando al margen del mundo que ella se ha trazado.

No hay Estados, cualquiera sea su grado de desarrollo, que estén exentos del compromiso en esa formidable sociedad mundial. Por el contrario, los Estados potencia están también sometidos a la responsabilidad de atender a las falencias en las que pudieran caer otros "socios", porque su misión es prevenir un efecto de arrastre que generaría consecuencias impredecibles al **globalismo** y a sus propias economías.

Los Estados garantizan, así, que los capitales puedan desarrollar sus estrategias conforme a los objetivos que ellos mismos se fijan y conducen merced al libre funcionamiento de los mercados. Garantizar -obviamente para el caso- no es regular. Es servir a la dinámica de la innovación, que se motoriza en función del beneficio económico. Una versión moderna, en la práctica, de la filosofía "schumpeteriana" proyectada al nivel mundial. Ni Marx pudo suponer tal mundialización ideológica.

El resultado es una suerte de "oligopolización" del capital financiero. Término que para la circunstancia no consulta estrictamente la definición que le asigna la teoría del mercado en la microeconomía, referida a la oferta de productos reales, ya que cabe conferirla a los movimientos y maniobras de los capitales que adquieren un efecto similar a esa figura.

En ese sentido, puede conocerse -casi a diario- la compra por entidades financieras de los paquetes mayoritarios de acciones de empresas industriales, agrarias y de servicios, entre estas últimas básicamente las de energía, comunicaciones y transportes, y a través de ellas -inclusive- la concreción de nuevas sociedades entre rubros sorprendentemente disímiles (tabacaleras con alimentación, bancarias con aeronavegación, etc.)

La deuda externa

Las ya antiguas organizaciones nacidas de los acuerdos de Bretton Woods en la posguerra se convierten en meros gerentes del **globalismo**. Es otra la lente con la que ejecutan sus monitoreos y otra la vara con la que miden el otorgamiento de préstamos. El cartabón de antaño no sirve a los nuevos intereses en juego. Ya no se trata de la reconstrucción que sucedió al gran conflicto bélico ni de cubrir simplemente las deficiencias de los balances de pago de los países miembros, sino de "aceitar" los engranajes de la gran

maquinaria de los negocios internacionales.

La motivación que inspiró el Plan Brady pasa a ser un documento histórico convertido hoy en un bono que cotiza en los mercados de valores.

La deuda externa es un rubro más en el crédito y el débito de la contabilidad de todas las naciones, del centro y de la periferia. La demanda del “no pago” estimulada por los sectores ideológicos del nacionalismo populista y del progresismo de izquierda fue sepultada por el acuerdo tácito en torno de la nueva **descripción**.

En las páginas amarillentas de la historia de principios de siglo queda el bombardeo de los puertos de La Guayra y Macaraibo por las flotas de Inglaterra, Alemania e Italia ante la ley del gobierno venezolano que suspendía el pago de la deuda. La barbarie de la fuerza ha sido superada por la diplomacia financiera dentro del contexto del **globalismo**.

La masa de deuda por capital no se saldará nunca.² Fluirán los registros compensatorios de los balances de pago y los servicios por intereses reiteradamente atendidos por nuevos préstamos, el comercio internacional se mantendrá activo y los grandes capitales recogerán cada vez más crecientes beneficios de un sistema que se impone por la virtud del realismo.

¿Cuál es la sustancia de ese realismo que alienta a sus exégetas y reprime a los escépticos? El ocaso de la alternativa y la convicción de que la democracia sigue siendo el menos malo de los regímenes políticos y la economía de mercado el menos malo de los sistemas económicos.

Sólo un semicírculo

Hasta aquí **la descripción del globalismo** en pleno auge.

Su aceptación, expresa o tácita, deja espacio, sin embargo, a la sugerencia de más de una incógnita.

En primer término, cabe señalar que la implosión de la alternativa ideológica no elimina la autenticidad de la denuncia.

Los problemas humanos y sociales que genera históricamente el capitalismo siguen en pie.

El sistema en el que se apoya el **globalismo**, sus protagonistas de cumbre, parecen desdeñar la economía como ciencia social, obcecados por el instrumental del que se valen los expertos: las matemáticas, las estadísticas, la información al instante y los fríos resultados que aparecen en las pantallas de los ordenadores.

Todo se dirige a “eficientizar” el proceso económico. El hombre corriente ocupa un lugar restringido en la praxis de una ciencia que según las

² Esta afirmación no implica descartar que -precisamente por la imposibilidad de honrar materialmente la deuda- se produzca en algún momento su “estallido” con las consiguientes consecuencias, diferenciadas según el grado de desarrollo de los países. Alvin Toffler advierte sobre ello. (Véase “Conclusiones”).

definiciones teóricas debe procurar su bienestar y prosperidad.

Los partidos políticos no atinan a hallar las respuestas adecuadas y se desgastan en temas colaterales. Abusan del discurso de la ética como simulacro, en un contexto de corrupción, también globalizado, que merece condena pero que es inherente a la naturaleza humana de todos los tiempos, y no profundizan en las verdaderas raíces de la crisis de las relaciones sociales que determina su propia crisis como agrupaciones representativas de la sociedad.

En tanto, en el mundo global, el éxito es la medida de la eficacia; el bajo costo laboral, la exigencia casi exclusiva de la productividad y la competitividad; las tasas de interés la divinidad a la que rinden culto los captores de beneficios rápidos; el bien privado, la garantía del bien común.

Con la constancia de ese panorama, hoy el **globalismo** como continente no pasa de presentar la figura de un **semicírculo** en el que se integran -cabe reconocer- valores que merecen general asentimiento: **la democracia política, la estabilidad financiera, la resignación por los Estados de aquellas actividades que pueden desarrollar con mayor eficiencia los sectores privados, la tendencia hacia bloques económicos, el funcionamiento dinámico de los mercados, la circulación del conocimiento, la información y la intercomunicación a través de servicios instrumentados con la más alta tecnología.**

No obstante, esos valores no alcanzan para responder a las exigencias totales que impone la economía como ciencia social, definición que, extendida al **globalismo**, supone un **círculo** que incluya a las aspiraciones básicas de todo ser humano.

Están sucediendo cosas en el mundo que dan fe de esas falencias y reducen el ámbito global prometido por la nueva **descripción**.

Paradojas ideológicas

Volvamos al escenario de los acontecimientos en el este europeo liberado de la experiencia marxista-leninista.

Mientras buena parte de las ex jerarquías lidera los negocios y procura asociarse con los capitales occidentales, otros dirigentes del antiguo régimen recuperan posiciones en la política activa, impulsados por una ciudadanía que -sin mengua de su expreso apoyo a la libertad y a la movilidad social conquistadas- ha comenzado a añorar determinadas ventajas básicas de otrora, perdidas tras el brusco cambio.

Esas necesidades vitales conforman plataformas electorales que, amparadas en la mayoría de los casos bajo el lema ideológico de una socialdemocracia adaptada al tiempo y al medio, ofrecen a los herederos de la vieja dirigencia el poder nuevo, por la vía impoluta de la urnas.

Todavía más, en los países desmembrados de la ex Unión Soviética -por

caso, Ucrania y Bielorrusia- es el propio Partido Comunista el que ha asumido la conducción política, incorporando sin rubores valores discrepantes con la ideología de origen como la propiedad privada y la economía de mercado, pero manteniendo prácticas de control de todo tipo, inclusive la del tránsito de personas dentro de sus propios territorios y la de presentación periódica de los extranjeros en las dependencias policiales, obligación esta última que ahuyenta a quienes proyectan negocios e inversiones desde el exterior.

Es que el sistema que se pretende representa en sí mismo una contradicción *inadjeto*, en la medida en que atribuye al sujeto -la economía- una cualidad que está excluida de él por su origen.

De tal forma, en toda la vasta extensión del este europeo no resulta sencillo conciliar la exigencia de una economía abierta a los negocios privados con la persistencia de una cultura de autoritarismo y con la restauración de un asistencialismo que proporcionaba seguridad a través de la acción estatal.

Al colapsar sus economías socialistas, los Estados quedaron sin los recursos imprescindibles para esas asistencias. Porque deben propender al equilibrio fiscal para sostener la estabilidad financiera y reducir la inflación como condición para acceder al crédito externo indispensable y porque las nacientes empresas privadas tienen como meta lógica la utilidad urgente, al tiempo que subsisten no pocas empresas estatales deficitarias.

El nuevo sistema es inevitablemente expulsor de empleos y mano de obra no calificada y pone precio a servicios sociales primarios que antes integraban las remuneraciones del trabajador. Esto es, obviamente, el sinceramiento de factores que contribuyeron al descalabro de la economía y a la caída del régimen.

Es así como en medio de la perplejidad y el desorden de las comunidades que pugnan por cabalgar entre dos sistemas, los flamantes gobiernos deberán afrontar sucesivas convulsiones cuyos resultados son de oscuro pronóstico.

Ocurre que la economía de libre mercado reclama tiempos que la existencia humana no concede. Y será de aceptar que, si bien no es factible el retorno, regirá en esas latitudes una economía de mercado restringida con futuro incierto, cuya inserción en el contexto estricto del **globalismo** se presentará muy limitada.

Puesta a prueba

Tampoco en Occidente todo se presenta propicio para el **globalismo**. No se lo rechaza expresamente pero abundan las reacciones ante algunos de sus efectos primarios que afectan a los modos y medios de vida y a las relaciones sociales.

Algo hay de resistencia natural al cambio y de desconcierto frente a las nuevas condiciones que plantea el alucinante despertar al mundo moderno.

No se transparenta el curso ulterior del sistema y ello hace que sus derivaciones en el presente estén influidas por la inseguridad acerca de los beneficios futuros.

Muy pocos son los que dudan de las bondades comparativas del capitalismo liberal, pero, como señalamos en la presentación de este análisis, muchos desconfían de **la descripción** que les fue ofrecida. Y en tanto unos elevan su protesta, sin base programática pero apoyada en necesidades concretas, otros acompañan con el silencio.

Ello ocurrió, por ejemplo, en Francia, cuando una reacción sindical -sin respaldo expreso de los partidos políticos pero tampoco con su rechazo- puso en jaque al gobierno durante más de una semana paralizando servicios básicos, mientras el resto de la población acudió a sus actividades habituales soportando y superando todos los trastornos inherentes, pero sin queja.

En Alemania, el politólogo Claus Leggewie advierte sobre el peligro para la democracia de las “expulsiones” en el mundo del trabajo. Señala que los “excluidos” conforman una masa de “analfabetos políticos” marginados de participación en las tomas de decisiones de la sociedad y proclives a caer en las redes del discurso populista, nacionalista y racista con predisposición a la violencia.³

No se trata de casos aislados. Tanto en la Europa comunitaria como en Estados Unidos abundan los signos de descontento con una característica común: se refieren a los efectos como responsabilidad de los gobiernos. Efectos no deseados de una **descripción** impuesta por la virtualidad de los acontecimientos mundiales.

Así, la caída vertical de las oportunidades de empleo es atribuida a las políticas económicas, a la inmigración -legalizada o ilegal- y a la tendencia de las empresas a instalar sus plantas en los países periféricos de más bajo costo laboral.

El Estado nominal

La denuncia, protagonizada principalmente por el sector de los “sin trabajo” y por una clase media que observa con ansiedad las perspectivas del porvenir, ponen en estado de alerta a los gobiernos, no sólo por las consecuencias calculadas sino **porque de pronto descubren que carecen del poder necesario para asumir las soluciones.**

³ Claus Leggewie, *Presión de derecha: ¿hacia dónde va Alemania?*. También reportaje de *Clarín*, 17-10-93.

El Estado se encuentra solo frente el arbitraje exigido. **Al ceder discrecionalmente los espacios del poder económico ve comprometido el poder político mismo, que nunca pensó resignar.** No es escuchado por los dueños del capital, que se ha globalizado, que pertenece al gran mundo de los negocios y **se desenvuelve con prescindencia de los intereses nacionales, reducidos -cada vez más- a una figuración meramente nominativa.**

El concepto de soberanía nacional comienza a ocupar el centro del debate y, dentro de él, la capacidad de los gobiernos para asegurar el funcionamiento cabal de la democracia y el respeto debido a la Constitución.

Dice Lipset que “la legitimidad se refiere a la capacidad del sistema de generar y mantener la creencia de que las instituciones políticas vigentes son las más apropiadas para la sociedad”. Y afirma, por otra parte: “Cuando más próspera sea una nación, tanto mayores son las posibilidades de que mantendrá una democracia”.⁴

Cabe aquí el interrogante: ¿por dónde pasa la prosperidad en la nueva **descripción** que impone el **globalismo**? ¿Cuáles son las armas de que dispone el Estado para hacer respetar la Constitución? ¿Vale aquel símil de Loewenstein referido a casos en los que la Constitución “es un traje que se puede vestir pero que no se usa; está colgando en el ropero”?⁵

La carga es aun más onerosa en los mercados denominados “emergentes”, que componen el cuadro difuso de los países en vías de desarrollo.

En esa periferia, la carencia de suficiente ahorro interno, la atención de los servicios de la deuda, los salarios deprimidos para bajar costos, que pierden así su calidad como fuente de ingresos, y los requerimientos del desarrollo en la economía real que perfecciona el sistema extraen recursos al capítulo social en desmedro de las compensaciones que reclama el creciente desempleo, generado básicamente por el insumo tecnológico, y de las partidas inexcusables para la salud y la educación.

Esas características colocan a los mercados emergentes en una posición contingente, ya que su débil esquema de protección económica los somete a los giros instrumentales que impone el **globalismo** y determinan crisis que conmueven todo el sistema, las que si bien son controladas por los organismos internacionales vigilantes de la marcha del proceso, dejan en los países afectados secuelas de complicada superación.

A ello se agrega el traslado de empresas que en muchos casos significan el medio de vida de una localidad o una región inclusive, por motivos de unificación de gestiones o de economías de escala consideradas por los capitales en sus planes de eficientización de la inversión y aun el cierre de plantas industriales. Un tema que es hoy seriamente preocupante en Esta-

⁴ Seymour Martin Lipset, *El hombre político y Conflictos sociales, legitimidad y democracia*, Eudeba.

⁵ K.Loewenstein, *La Constitución en vivo. Teoría y práctica*, Alianza.

dos Unidos y cuyos efectos constituyen extremo agravante en los países emergentes que ven incrementarse las ciudades y pueblos “fantasmas” en sus territorios.

El esfuerzo por adaptarse a la modernidad se diluye así en la inseguridad que crea la disposición -prácticamente omnimoda- de los capitales que buscan la optimización de sus beneficios a despecho de toda otra consideración.

El síndrome chino

En tanto, espectadora de los avatares de sus vecinos europeos ex comunistas y de las expectativas de Occidente frente a la nueva imagen que proyecta el capitalismo liberal, se consolida en Oriente una estrategia de poder que ha asimilado experiencias y cuenta con el paso del tiempo, que siempre ha sido su gran aliado.

Sin abandonar la superestructura marxista, China se va incorporando gradualmente al mercado libre con particularidades propias, a partir de sus enclaves primarios en Shanghai y Schenzhen, con especial énfasis en la apertura inversionista y comercial.

Su mano de obra de costo casi despreciable ofrece beneficios sin competencia a las multinacionales con matrices en Occidente y en Asia capitalista. Mientras, aprovecha la contrapartida de la absorción de los adelantos de la tecnología moderna para el desarrollo de sus industrias y servicios, lo que le ha permitido colocarse a la cabeza del mundo en el ritmo anual de crecimiento económico.

La injusticia social no lo es tanto para un pueblo que no conoció históricamente otro estilo de vida. Y ese poderoso factor le facilita asumir el proceso de afianzamiento de un centro de poder económico y político, que se presenta en liderazgo para la imitación de los países del este europeo que han emergido del colapso pero están padeciendo las vicisitudes del cambio repentino.

Con un enfoque que difiere del aplicado en otras experiencias asiáticas, como las de Surcorea, Singapur, Hong Hong, Tailandia y, más cautelosamente, Taiwan, incorporadas a la ortodoxia capitalista liberal, el modelo chino en revisión se insinúa, así, como un gran competidor en ciernes para Occidente.

Y ante ese influjo no es aventurado sugerir que -en medio del mar proceloso por el que navegan las economías de los mercados emergentes por efectos del **globalismo**- se termine creando un nuevo “tercer mundo” integrado por los países que no viven en plenitud las ventajas del capitalismo liberal ni se incluyen, por razones culturales e ideológicas, en la experiencia china.

Conclusiones

Hemos trazado aquí un panorama de **la descripción** presentada al mundo en las vísperas del nuevo siglo, enfocada desde su ángulo económico-social, en conciencia de que éste ha sido, en definitiva, el detonante de los grandes cambios que registra la historia de las relaciones humanas y -en rigor- el que ha determinado el surgimiento del **globalismo** como nueva variable del capitalismo liberal.

Este enfoque no desvaloriza la trascendencia de otros hechos que ilustran la actualidad mundial y gravitan en el desarrollo de los acontecimientos, como el rebrote de las etnias, de los nacionalismos y de los estallidos religiosos.

Todo ello integra un cuadro de naturaleza fluida que **la descripción** del nuevo mundo no puede obviar.

Es oportuna la reserva expresada por un exégeta del mundo nuevo, como es Alvin Toffler: "Es cierto que la economía mundial de hoy en día, cada vez más liberalizada, aclamada sin el menor sentido crítico por las grandes compañías multinacionales, es inestable de por sí y puede sufrir una obstrucción coronaria masiva. El globo de la deuda (terriblemente hinchado) en que se apoya puede explotar cuando menos se espere. Guerras, repentinas escaseces de energía o recursos y un número nada pequeño de otras posibles calamidades pueden colapsarla en las próximas décadas".⁶

Por su parte, el filósofo Francis Fukuyama afsla la sucesión de acontecimientos, inclusive los "grandes y graves", del curso "direccional de la historia". Y sostiene que la democracia liberal y el capitalismo "motivado tecnológicamente" constituyen el "punto final de la evolución ideológica de la humanidad".

En su "interpretación económica de la historia" afirma que el proceso conduce al capitalismo y no al socialismo, como sostuvo Marx. Y se apoya en el fracaso de los totalitarismos de derecha e izquierda en el siglo actual, que han ignorado "la lucha por el reconocimiento" que mueve al hombre y lo impulsa a su realización como tal.

"Todos los países que se modernizan económicamente" -aduce Fukuyama, enlazando los principios del liberalismo con los criterios historicistas- "han de parecerse cada vez más los unos a los otros [...] la tecnología hace posible la acumulación ilimitada de riqueza" [...] y expone su teoría de "sociedades ligadas entre sí a través de **mercados globales** y de la extensión de una **cultura universal de consumidores**".⁷

La polémica está planteada. En tanto, el **globalismo** es el hecho concreto del mundo de hoy. Procurar dentro de él la estrategia adecuada es mi-

⁶ Alvin Toffler, *El cambio del poder*, Plaza y Janés.

⁷ Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta.

sión de estadistas, como lo es también anticipar un futuro que por el momento es incógnita.

El plazo no es corto y excede de la ansiedad de los pueblos y de los dirigentes que buscan interpretarla.

Un principio -y el **globalismo** lo es, como lo es toda **descripción**- significa la apertura de un camino con respecto a las consecuencias que de él se deducen, pero resulta también una consecuencia de una larga serie de consecuencias, como ha sucedido en el caso que nos ocupa.

En esa inteligencia, **la descripción del globalismo** aparece como una transición hacia un futuro abierto, tan abierto como inasible.

